

## LOS QUE TRABAJAN POR LA FACULTAD

Don José Torre Revello, tan ventajosamente conocido como historiador, descubre ahora, en la galería Witcomb, una muestra, muy sugestiva, de sus actividades artísticas (1).

Esa muestra pictórica ha sabido reclamar la atención del público comprensivo, que no es precisamente el que más resalta en las concurridas exposiciones de la calle Florida. La prensa no ha consignado aún su comentario. A la espera de ese, y de otros más autorizados, ahorráramos esta nota, si el insertarla aquí no importase una actitud justiciera: la de aludir, aunque sólo sea sumaria y llanamente, a un estudioso argentino cuya obra se cumple, en buena parte, bajo los auspicios de nuestra Facultad.

Como es notorio, Torre Revello desempeña en Europa el cargo de comisionado especial del Instituto de Investigaciones Históricas. Sevilla, sede del máximo repositorio documental hispanoamericano, concentra, desde hace doce años, su actividad invariable.

Desde su llegada a la ciudad hispalense, y luego de sortear las dificultades primeras, sin desfallecimientos ni treguas, el joven investigador ha vivido y sigue viviendo en estrecha, en inquebrantable relación con las fuentes inéditas de la historia

(1) Trátase de una colección de cinco óleos, siete acuarelas, treinta y tres diseños coloreados y diez dibujos a tinta. El valor documental de esos trabajos, que con tanta fidelidad ilustran y comentan aspectos y costumbres del sur de España, ha sido ya estudiado por Martín S. Noel. En estas líneas de VERBUM no cabe más que la impresión cordial e inmediata de quien acaba de visitar ese conjunto.

americana, y en particular con las que se refieren al período de la conquista y colonización.

Dos grandes aspectos cabe distinguir en esta empresa historiográfica de Torre Revello. En primer término, los trabajos inherentes a su misión europea, como ser relaciones documentales, inventarios de archivos, colecciones de mapas o apuntes bibliográficos; y luego, obligada consecuencia de ese previo acopio de fuentes, la plena realización histórica: la síntesis cautelosamente elaborada sobre los datos múltiples y contradictorios, la proeza de eslabonar la serie de los hechos pretéritos o la de requerirle su significado íntimo.

Esta ajustada comprensión del pasado comunica a la prosa de Torre Revello; lisa y limpia de adornos, una virtud simpática. Transcripta y comentada por su pluma, la letra muerta de los papeles de archivos se transfigura, muy luego, en dinámica evocación de acontecimientos, tipos y costumbres. Y en casi todos sus escritos — monografías con densidad de libro y artículos de precisión monográfica — vase operando, de una página a otra, aquel dramático tránsito de la muerte a la vida, que Michelet — gran maestro en justificar tal sinonimia — llamaba unas veces resurrección y otras veces historia.

Largo sería puntualizar en estas páginas la obra impresa de Torre Revello. Repartida entre las publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, el diario *La Nación*, la revista *Síntesis* y numerosos periódicos españoles, su sola reseña rebasaría, tal vez, los límites de esta nota. Por ello, y dejando para más adelante otras referencias, sólo apuntamos aquí algún aspecto menos conocido, aunque no menos estimable, de la actividad de nuestro compatriota.

El viajero que llega a la capital andaluza difícilmente atinará a descubrir, sobre todo si es argentino, un compañero de andanzas mejor dispuesto y entusiasta. Y si ese viajero, desdeñando las impresiones apenas diferenciadas del trotamundos superficial y presuroso, intenta adivinar la fisonomía oculta y no la vistosa apariencia de Sevilla, entonces, a buen seguro, no podrá disponer de un cicerone más conocedor y comprensivo.

Con sólo ir a buscarle al Archivo de Indias, donde suele



Fig. 1

Tarde de tormenta



emplear sus mañanas, la caminata resulta prólogo adecuado a una jira rica en sorpresas.

Poco importa que no sea un día de primavera. Aún en pleno otoño Sevilla depone apenas su pompa floral y no amengua en nada el prestigio casi heráldico de sus colorines emotivos. ¿Qué hacer en una de esas mañanas? ¿Qué hacer sino echarse a andar gozosamente por los itinerarios ya aprendidos? A pesar de la estación y de la hora, en la acera del recinto catedralicio flota, bajo el repique excelso, un anticipo de siesta. Entre el follaje de los naranjos se abulta, sobredorada de sol, la madurez de los frutos; y a su sombra, reintegrando al recuerdo un olvidado verso byroniano — *Seville, a pleasant city, famous for oranges and women* — por la Puerta del Perdón, tenuemente recatadas tras el velo de sus mantillas, descienden, turbadoras, claras siluetas femeninas.

Descontando peldaños, subimos, a nuestra vez, hasta la arcada egregia. Allí la emoción nos detiene. Desde esas mismas piedras, Rinconete y Cortadillo, flor de truhanes y espejo de pícaros, acertaron a descubrir, mucho antes que nosotros, la grandeza y señorío sevillanos.

Cruzamos el patio umbroso y, con devoción que empieza a hacerse cotidiana, saludamos la Giralda.

Contemplada así, en escorzo violento, la mole se remonta desmaterializada, serenísima. Pierde el empaque de las visiones directas; la rigidez que los turistas adocenados — admiradores forzosos de lo que ya han visto en postales — gustan verificar, con despliegue de kodaks, desde el atrio o desde las encrucijadas vecinas.

Por la Puerta de Oriente tornamos a la calle, y luego, flanqueando la fábrica gótica del templo, vamos a enfrentar, de improviso, la Casa-Lonja.

La obra de Herrera y Juan de Mijares destaca, cuadrangular y augusta, sobre un jardín nostálgico. En los arriates rutila el amaranto y alborean los nardos. Los claveles languidecen en su propio perfume y, al pie de la gran cruz de la portada noroeste, sangran, irrestañables, las últimas rosas.

Bajo la bóveda que ahueca su comba palaciega sobre la escalinata de acceso, el indiano advenedizo y agringado recobra, escamoteando siglos, un abolengo ilustre. Y en el vestíbulo

alto, gran dispensador de emoción retrospectiva, aparece Torre Revello.

Nadie como él para indicar el contenido de los anaqueles, explicar una vieja estampa o comentar un autógrafo insigne.

Si el tiempo urge, y el horario del Archivo no lo consiente, la hazaña rememorativa puede proseguirse, horas más tarde, en su propio domicilio. La prosopopeya renacentista de las salas de la Lonja se cambia entonces en un cuarto risueño y espacioso, todo encalado como celda frailería.

Mientras el historiador busca un cuaderno o sirve unos chatos de típica y jocunda manzanilla, uno acierta a observar, con cálida indiscreción humana, su modesto y laborioso reducto. No hay allí sino libros, cuadros y diseños de toda suerte. Sobre una biblioteca, entre humosas varillas, arden, pálidas y alargadas, unas caras del Greco. En los muros, algunas manchas de color. En el marco de la ventana — lujo supremo — un retazo de cielo.

Cuarto de estudioso que no busca otros beneficios que los estrictamente espirituales, la habitación declara, sin embargo, los trabajos, las preocupaciones y aun los proyectos de su ocupante. La historia y la pintura son, en efecto, las dos pasiones amigas de Torre Revello. En el ejercicio de ambas se reparten sus laboriosas jornadas.

Durante el otoño, el invierno y la primavera, sus horas transcurren entre las búsquedas sistemáticas del Archivo y las apacibles expansiones hogareñas.

Pero llega el verano y el calor aprieta. Sevilla se transforma en la clásica "sartén" y es preciso, para huir del ardor excesivo, salir al desahogo de los campos.

El ocio campesino de Torre Revello consiste en trocar una tarea por otra: ahora, en vez de escribir historia, pinta. Los documentos están lejos y la temperatura no consiente el quedarse en lugares cerrados. Afuera, en cambio, la voz del paisaje dice su emoción y entona su reclamo. El color solicita pinceles y pide transposición inmediata.

Y Torre Revello pinta. Y lo que pudiera ser simple pasatiempo u holganza complicada, se hace respuesta obediente a aquel antiguo llamado, ya vocación de sus años juveniles.

Hijo de familia humilde, inició sus estudios artísticos en la

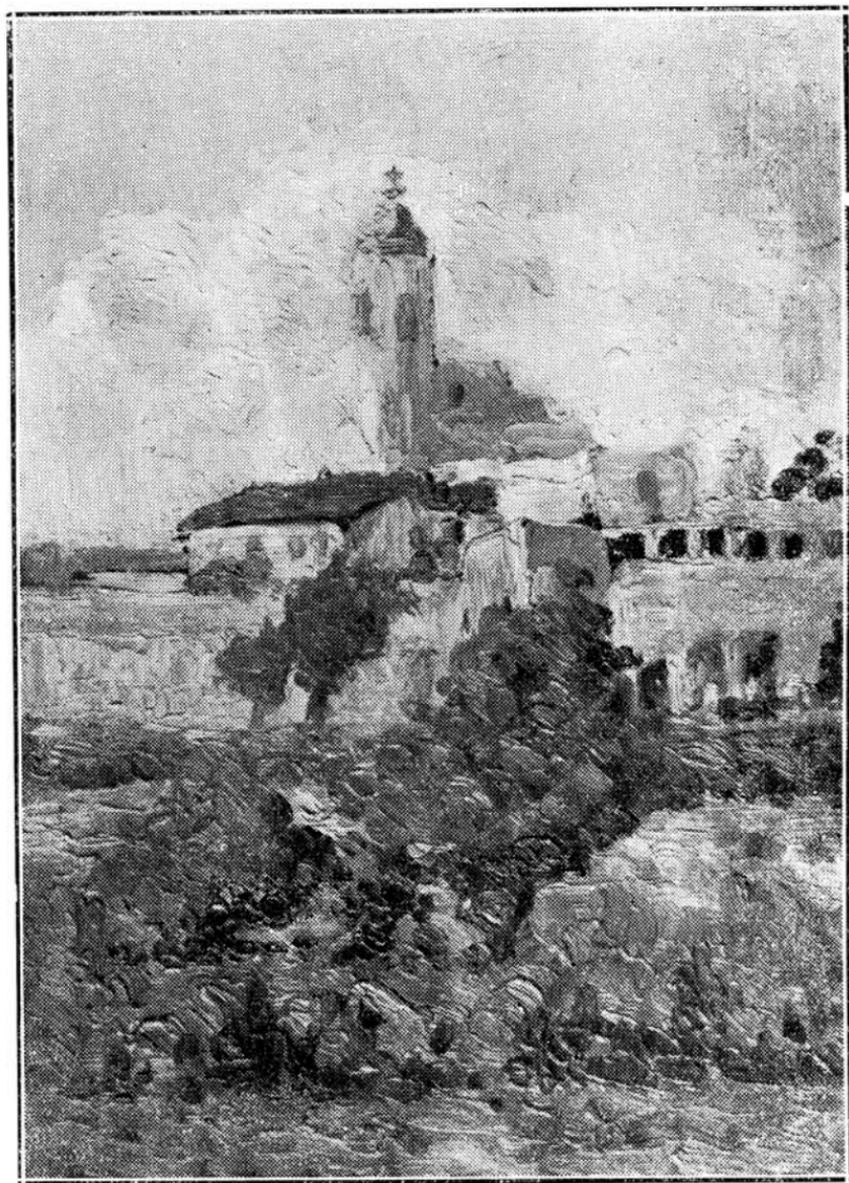


Fig. 2  
Pueblecillo andaluz



Academia que bajo la dirección de don Alfredo J. Torcelli sostenía en Buenos Aires la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, y pasó más tarde a la Academia Nacional para aprender el grabado. Aún quedan algunas muestras, muy interesantes, de sus aguafuertes de esa época: perspectivas de techos y chimeneas fabriles, de casucas y sórdidos callejones. Toda la tristeza de lo suburbano y de lo pobre en la piadosa reticencia del claroscuro. (Figura 1).

Escritores, pintores y escultores — bohemios sentimentales propensos a orillar el Riachuelo en procura de mañanas gloriosas o de atardeceres mustios — fueron sus camaradas de entonces.

Eran ellos los hermanos Santiago y Juan Palazzo, José Arato, Santiago Stagnaro, Abraham Vigo, Guillermo Facio Hebecquer, Adolfo Montero, Javier Torre, Gonzalo Villar, Agustín Riganelli y Benito Quinquela Martín. A unos, en mal punto, los separó la muerte, a otros el azar de los años; sólo a muy pocos las fruiciones del éxito.

Las circunstancias y la gracia de una doble vocación, pronto empujaron a Torre Revello hacia el cultivo de la historia, pero aquellos fervores pictóricos vuelven a reconquistarlo, según queda dicho, desde el primer día de asueto.

Las vacaciones del animoso porteño transcurren, casi siempre, en alguno de esos pueblecillos andaluces, columbinamente blancos, que luego dan el motivo esencial a sus cuadros. (Figura 2). Son pueblecillos de la región gaditana: Algodonales, Puerto Real y Sanlúcar de Barrameda; sosegados villorrios del país malagueño o del contorno sevillano: Gelves y Alcalá de Guadaira.

Torre Revello, y eso se ve en su exposición en lo de Witcomb, se ha aficionado especialmente a la ilustración del sur de España. La nota castellana — números 41, 42 y 43 del Catálogo — no está ausente. Pero ello es por excepción, y de los cincuenta y cinco trabajos de la muestra sólo siete corresponden a representaciones de asuntos no andaluces.

Por pecado romántico, Andalucía ofrece al pintor, y sobre todo al pintor extranjero, siempre algo envenenado de reminiscencias literarias, dos tentaciones igualmente peligrosas: el flamenquismo anecdótico y la chabacanería del color.

Torre Revello ha sabido esquivar ese riesgo antiartístico mediante una observación sincera y frecuente del tema de sus cuadros. Esto no quiere decir que, partiendo de una concepción falsa del realismo en arte, se haya impuesto la obligación fotográfica — no pictórica — de realizar el traslado minucioso y necesariamente inexpresivo de lo que el azar o el propio deseo coloca frente a sus ojos. Bien sabe él, y esto se advierte principalmente en sus óleos, que el buen realismo — a partir del mejor: el de Velázquez — es siempre, como el arte todo, selección y economía.

En esos óleos, su técnica abocetada ha logrado recoger, sin exageraciones, las experiencias del impresionismo. Su modo tan certero de crear la ilusión atmosférica por la simple aposición de grandes masas de color, se presta admirablemente, no sólo para traspasar a la tela el resultado inmediato de la visión o la fugacidad del movimiento, sino también para sorprender el juego de reflejos y la eficiencia mágica de una luz casi africana sobre los elementos cromáticos, tan monótonos — caseríos blancos, pinares verdinegros, olivares grises —, del paisaje andaluz.

Torre Revello, en términos generales, prefiere fijar ese paisaje bajo el sortilegio de las horas meridianas, para traducirlo luego en entonaciones brillantes y triunfales. No se entienda, sin embargo, que la habilidad plástica o meramente figurativa logre anular en sus cuadros valores más secretos.

Sus pinceladas pastosas o sus toques menudos, que nunca llegan a la disgregación puntillista, cumplen — una vez integrados en la unidad tónica del conjunto, y luego de dar recreo a los ojos — la misión evocadora y poética consubstancial a la obra de arte.

Son impresiones de calma, de modorra estival, de pereza y de ensueño.

ANGEL J. BATTISTESSA.